

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

PRECIOS DE LA SUSCRIPCIÓN
MADRID: Edición de la mañana. 1 Pta. Mes.
PROVINCIALES Y PORTUGAL. 1 Pta. Trimestre.
EXTRANJERO. 3 Ptas. Trimestre.
ULTRAMAR. 5 Ptas. Trimestre.
Por mes. 1 Pta.
Por trimestre. 3 Ptas.
Por semestre. 6 Ptas.
Por año. 12 Ptas.
MADRID. Factor, núm. 7.

DIARIO POLITICO Y DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINION Y DE LA PRENSA.
Fundador: D. Manuel Maria de Santa Ana.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS
UNA PUESTA LINEA
Los anuncios de primera plana, reanuncios, etc., financiados
referentes á Bancos y Sociedades, á precios convencionales.
Se reciben en esta Administración, en la Sociedad General de
Anuncios, en l'Agence Havas, 8, place de la Bourse (París), y
en todas las agencias de publicidad.
ADMINISTRACION, Factor, 7.

AÑO XLV. NUM. 13390

Madrid Lunes 3 de Diciembre de 1894

OFICINAS FACTOR, 7

MODAS

SEÑALMA MARGUERITE
ARGENOLA, 18, BAJO DERECHA
Surtido elegante en trajes, abrigos y sombreros.
OS DIAS 5 Y 6 DEL CORRIENTE VISTAS, EL 7
á las 11 saluda de altas vendidas. VICTORIA, 2.
EL PAPEL DE ESTE PERIODICO PROCEDE DE
LA PAPELERA ARAGONESA
sociedad domiciliada en Zaragoza.
CRÓNICAS MADRILEÑAS

El antiguo palacio de los duques de Frías ha sido adquirido por los condes de Montegudo, que le ocuparán con su familia en cuanto terminen algunas obras de reparación.
Este palacio, cerrado durante muchos años, fué en un tiempo no lejano el centro de reunión de los poetas y hombres más notables de su época. Le ocupaba entonces el abuelo del duque actual, que estaba casado con una señora de singular belleza, doña Ana Jaspé de Macías, hermana de la condesa de Ayllón y madre del duque que hemos conocido desempeñando el cargo de gobernador de Madrid.

El esposo de doña Ana era gran amigo de los literatos y cultivaba el mismo la poesía: en su palacio se reunían el duque de Rivas, Martínez de la Rosa, don Juan Nicasio Gallego, las notabilidades de aquella época, siendo las reuniones de hombres solos hasta que el hijo de la casa creció, y su madre fué presentada en la corte y recibida por la reina doña Isabel.
Entonces las reuniones del palacio de Frías tomaron otro carácter y se dieron grandes bailes, á los que acudieron, en pos de los Malpica, las principales familias de la corte.

El primogénito de los duques era un gallardo mozo, al que no le hubieran negado la mano de las más ilustres doncellas que por aquel tiempo había en Madrid; pero él no se casó hasta mucho tiempo después, con una inglesa.
Cuando murió la duquesa doña Ana, legaron en honor suyo los poetas, sus sonnetos, la preciosa corona poética, que es una de las galas de la literatura contemporánea.

Martínez de la Rosa, que se hallaba en París, escribió al viudo la sentida elegía, que comienza:

Desde las tristes margenes del Sena.

Los ecos de la fiesta se han extinguido hace mucho tiempo en aquellos magníficos salones, donde vivieron los descendientes de los condes de Castilla y donde cantaron los más ilustres poetas.
Ahora comenzará una nueva era para el aristocrático palacio, pues su actual dueña la condesa de Montegudo es dama de gran distinción y claro ingenio, que se ha complacido siempre en obsequiar á la sociedad aristocrática.

Como detalle de lo que puede gastarse en estos tiempos en decorar una casa, se dice que la inquilina de uno de los más

elegantes palacios del Madrid moderno, ha empleado 20.000 duros en las alfombras de las escaleras y de las galerías de su residencia.

En flores, á la que es muy aficionada, gasta todos los días un dineral, pues no contenta con las que produce su estufa, admirablemente cuidada y con las que puede adquirir en España, las hace venir con frecuencia de Niza.

La colección de orquídeas que posee es indudablemente una de las mejores de Madrid, y como recuerdo á sus amigos ha traído este año de París preciosos ejemplares de la delicada planta colocados en macetas adornadas con inmensos lazos de un moiré riquísimo.

Su cocinero, que es uno de los mejores de Europa, tiene más sueldo que un ministro y hace venir diariamente de París la mayor parte de lo que necesita para disponer la comida.

La fortuna por la que está montado este tren, es verdaderamente cuantiosa, y ha crecido mucho desde que ha ganado los pleitos de que tenía pendientes; pero bien la necesita para vivir con este lujo que pueden sostener muy pocos soberanos.

Los marqueses de Santillana han regresado de su expedición de novios, instalándose en su hotel de la puerta de Alcalá.
Los trenes, que ya los han terminado, son de mucho gusto y elegancia, y podrán figurar entre los primeros de Madrid.

El duque de Alba, después de haber dado cuenta á S. M. la reina y al gobierno, del desempeño de su misión extraordinaria en Rusia, ha salido para París.

La duquesa viuda de Bailén, que ha regresado de la capital de Francia, se halla descansando de sus viajes, y no ha reanudado sus banquetes.

El marqués de la Laguna ha regresado de sus posesiones de Andalucía.
La marquesa de Squilache regresará uno de estos días á Madrid.

El sábado fueron muchas personas distinguidas á ofrecer sus respetos á S. M. la reina. Estaba de guardia el conde de Riquena, y tuvieron la honra de ser recibidas por S. M. la duquesa de Denia, la marquesa de la Laguna y su hija, la marquesa de Villamanrique, el Sr. Caleruelo, la condesa de Castañeda y otros.

CONSEJO DE MINISTROS

No fué de muy larga duración ni en él se tomaron trascendentales acuerdos sobre asuntos políticos.
Puede decirse que las más arduas cuestiones de gobierno quedaron en pie, esperando solución en algún Consejo extraordinario que se celebre en el transcurso de esta semana.
No hubo nota oficiosa. Se va perdiendo, ó se ha perdido ya, la buena costum-

bre de dar á la prensa una referencia autorizada de lo que se trata y decide. Y lo peor del caso es que los ministros no dicen grandes ni pequeñas novedades al salir del palacio de la Presidencia.

Después del Consejo telegraficaron anoche los corresponsales, como otras veces, el alcance que publicó LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA en la edición anterior. Esto demuestra el mutismo de que hicieron alarde los consejeros de la Corona.

Nuestros informes.

Fué el de anoche Consejo de expedientes, es decir, de los llamados administrativos.

El señor ministro de la Guerra, á más de la autorización para hacer compras de material, y de dos indultos en Filipinas que fueron despachados negativamente por tratarse de dos ladrones en cuadrilla y traer el expediente todos los informes contrarios.

También dió cuenta de la comunicación pasada á las Cámaras levantando la suspensión de la sentencia del tribunal de lo Contencioso en el pleito promovido por el general Salcedo.

El señor ministro de la Gobernación leyó en Consejo varios telegramas relativos al orden público en aquellas zonas mineras donde se han paralizado los trabajos.

Con este motivo se habló mucho de los distintos géneros de influencias, más ó menos eficaces, que pesan ahora sobre los gobiernos, hasta el extremo de revestir á veces caracteres de imposición.

El gobierno de S. M., obedeciendo en este caso á principios de justicia y teniendo en cuenta la actitud pacífica y correcta de los mineros, acordó aconsejar en el Congreso la toma en consideración de la proposición de ley que presentarán varios diputados murcianos para suavizar los impuestos que actualmente pesan sobre los minerales.

Otro asunto del Consejo fué la cuestión del canje de moneda en Puerto Rico. Nada resolvió en concreto el gobierno, comprendiendo que es materia delicada que requiere meditación.

Los acaparadores y los funcionarios públicos representan intereses diametralmente opuestos respecto al canje.

El señor ministro de Ultramar sometió también al Consejo varios expedientes de concesión de créditos de poca importancia y un indulto de pena leve.

Se despacharon en Consejo varios asuntos de Marina. Nada se habló del concurso de los diques de Cartagena y Cádiz, porque el Centro consultivo de la armada no ha emitido aún dictamen. Se espera que lo formule de hoy á mañana.
Se acordó adquirir por gestión directa un transporte de guerra, tipo *San Quintín*, con destino al apostadero de Filipinas, donde con urgencia lo reclaman las necesidades del servicio. En el presupuesto del archipiélago parece que hay crédito bastante para comprar el citado buque.

Aunque los ministros extremaron mucho su reserva en asuntos de personal, se sabe que es cosa resuelta anoche que el vicealmirante D. Ramón Topete sustituya en el Consejo supremo de Guerra y Marina al ex ministro D. Manuel de la Pezuela.

Otro asunto llevó también al Consejo el general Pasquin. En tiempo de los conservadores se comprometió el gobierno á entregar á Mr. Palmer determinada é importante suma á la terminación de cada crucero de los encomendados á la factoría llamada Astilleros del Nervión.

El gobierno hizo efectiva la primera cantidad, y Mr. Palmer reclama las restantes, que en junto ascienden á unos doce mil duros.

El ministro de Marina llevó esta cuestión al examen de sus compañeros de gabinete, y se resolvió someterla con todos sus antecedentes á informe del Consejo de Estado en pleno.

El ministro de la Guerra volvió á suscribir la cuestión de la adquisición de la isla Cabrera, que como es sabido, pertenece á un particular.

El ministro de la Guerra estima que á la defensa de la Península y de las Baleares interesa que la isla Cabrera no continúe en poder de particulares, y de aquí el expediente instruido para la adquisición.

No se tomó acuerdo definitivo hasta consultar otros datos sobre la cuestión.

El señor ministro de la Gobernación habló de una reclamación que han hecho al Ayuntamiento de Madrid algunos acreedores del mismo residentes en París, acordándose que el alcalde presidente confiere con el señor ministro de Hacienda sobre el particular.

También se ocupó de la reclamación de atrasos por falta de pago del contingente, que hace al mismo Ayuntamiento la Diputación provincial.

La actitud del conde de Romanones es conciliadora, y se espera que el pequeño conflicto ha de resolverse sin dificultad.

El Sr. Capdepón dió cuenta igualmente de que llevaría muy en breve á la firma de S. M. el decreto convocando á elección parcial de dos senadores por la provincia de Navarra, pues como se recordará, el Senado anuló las actas de dos de los elegidos.

El señor ministro de Gracia y Justicia llevó al Consejo un expediente de indulto de pena leve, que se concedió, y dos cuestiones relativas á las obras de los cárceles de Barcelona y Valencia.

Porque el ministro de Hacienda pretendía intervenir en los fondos concedidos á la junta de obras de la cárcel de Barcelona, y se cambiaron con tal motivo algunas notas entre ambos ministerios. El de Hacienda ha cedido en su pretensión, y para ultimar este punto celebrarán una conferencia los Sres. Maura y Salvador.

En cuanto á Valencia, se trata simplemente de autorizar, sin las formalidades de subasta, la enajenación del edificio de la Compañía con destino á las obras de la cárcel y del palacio de Justicia.

El Consejo aprobó la propuesta en el sentido indicado.

Dió cuenta, por último, el Sr. Maura de otro indulto de pena capital de un reo de Lugo.

El expediente, examinado ya en otro Consejo, fué nuevamente visto, confirmando el acuerdo anterior, negativo, por ser el reo de que se trataba el instigador y director del delito, que ejecutó en compañía de otros cinco criminales, á los cuales se concedió la conmutación de la pena de muerte.

El señor ministro de Hacienda dió cuenta de un proyecto de decreto, iniciado por el Sr. Gamazo y terminado ahora, que tiene grande importancia.

Se refiere á la intervención que el ministro de Hacienda pretende que debe darse en la parte económica de todas las contrataciones para servicios públicos que se hagan por los diferentes ministerios civiles y militares, como, por ejemplo, los suministros para establecimientos penales.

El proyecto es, como se ve, de mucho alcance, y los ministros creyeron que debía ser estudiado con detenimiento, acordando, por lo tanto, que el Sr. Salvador pasase á sus compañeros nota del decreto para discutirlo en otro Consejo.

Es probable que el decreto concediendo la gran cruz de Carlos III al señor Núñez de Arce, no se publique mientras estén reunidas las Cortes.

Este es el criterio que prevaleció anoche en Consejo.

El ministro de Fomento se llevó para estudiarlo el proyecto de decreto en cuya virtud los ingenieros navales serán habilitados, previa expedición de título ó patente, para intervenir, como los ingenieros del ejército, en construcciones civiles. En el Consejo de anoche lo devolvió con informe favorable, y en esta semana lo llevará el Sr. Sagasta á la firma de su majestad.

Los más vivos incidentes ocurridos en los últimos meses en el Congreso de los Diputados, parece que tuvieron resonancia en el Consejo. Según informes dignos de crédito que corrieron anoche en los círculos políticos, todos los individuos del gobierno reconocieron que no es fácil á un ministro nuevo sobreponerse á arranques nobles y caballerosos al oír por vez primera ataques durísimos é injustos, pero abundaron en la idea de que la práctica aconseja reducir estas cuestiones desde el banco azul á condiciones puramente parlamentarias. Una vez que se iniciara otro camino, todos los ministros estarían á merced de quien quisiera por medio de un agravio más ó menos odioso suscitar una crisis parcial.

Negaron anoche los ministros que tratasen en Consejo de resolver la línea de conducta que ha de seguirse respecto al proyecto de ley de reforma de la segunda columna del arancel de 1891. Si es cierto que lo negaron, lo es también que nadie dió entera crédito á la negativa; por más que todo hace creer que solo se esbozó el asunto, el cual será objeto de un Consejo extraordinario.

La cuestión de más importancia de que se habló en el Consejo fué la de la proposición que se va á presentar en el Congreso, solicitando aumento de los derechos de aduanas á los cereales extranjeros.

El señor presidente del Consejo se declaró partidario de no oponerse á la toma en consideración, y como algún ministro entendería que esto podía equivaler á prejuzgar la cuestión, hubo un pequeño debate, en que tomaron parte los señores Sagasta, Puigcerver, Maura y Capdepón.

El acuerdo tomado fué que cuando sea apoyada la proposición, el gobierno se levante á declarar que no se opone á la toma en consideración, no porque prejuzgue en nada el fondo del asunto, sino porque entiende que la clase de los agricultores en nuestro país es tan numerosa y desvalida que bien merece el que la proposición, como todo lo que á dicha clase beneficia, sea estudiado con atención verdadera en el Parlamento.

Hablaron los ministros brevemente de los debates parlamentarios, y en particular del provocado en el Senado por el Sr. Bosch y Fustegueras sobre las reformas de la segunda enseñanza.

ENTIERRO DEL CADÁVER DEL CARDENAL GONZALEZ

POR TELEGAFO

Ocaña 2, 5 1.

A las nueve de la mañana se celebró en la iglesia de los Dominicos la misa pontifical, oficiando el obispo de Segovia. Asistieron las autoridades, comisiones de la guarnición y extraordinaria concurrencia de Ocaña y de los pueblos limítrofes.
Terminada la ceremonia se verificaron solemnes exequias en sufragio del cardenal, siendo presididas por los obispos de Oviedo y Segovia; los Sres. Pidal é hijo, el dean, el real vicario general Castreñes, el vicario provincial de la orden, el rector de Avila, un fraile de Sevilla, el rector de Ocaña, los padres Cienfuegos y Vally, los Sres. Luengo, Fuentes, Jiméñez, Rojo, Checa y otros.

La prensa estaba representada: *El Herald*, por el Sr. Gálvez; la *Agencia Mencheta*, por González Simanca; *La Crónica de Guadalupe*, por Cisneros; y *El Tolentino*, por Carvajal.

Los restos del cardenal fueron sepultados en el crucero de la iglesia del lado del Evangelio, frente al altar de la Virgen del Rosario. En todos los concurrentes se reflejaba profundo sentimiento por

sa hecha á Catalina, ni tampoco por saquear impunemente el hotel, por lo que hería. Era también por ferocidad y por miedo. ¡Sí, por miedo! Temblaba ante aquella niña desamparada, cuya sangre corría por sus heridas. Su indomable valor é inusitada energía, le aterraban. Por terror se encarnizó con la pobre Rosa, que cayó acribillada por los golpes que habían sido dados con salvaje violencia. Cuando la vió, ó más bien, cuando advinió que estaba inanimada, porque la luz que llevaba la joven se había extinguido en la lucha, entró en el comedor y se dirigió, después de encender una luz, á los chimeros en que estaba guardada la plata. Pero de pronto se detuvo.
—¡No!—dijo,—la plata pesa mucho; es preciso buscar cosa mejor...
Las indicaciones precisas de Catalina, habían quedado grabadas en su memoria. El despacho del señor Dornach estaba próximo á la habitación en que él se encontraba.
Entró en él y se dirigió á forzar la caja. La cerradura, que era complicada, resistió sus ataques, pero no por eso se desanimó. Confiando en su destreza, cambió de instrumento y continuó su tarea. De pronto se oyó en el silencio de la noche una voz que entonaba un *complet*.
Se dió cuenta, lleno de terror, de que el cáncido se acercaba.
Bien pronto pudo ver claramente que la puerta de la verja se abría y volvía á cerrarse.
—¡Alguien entra!—murmuró, dando diestramente con diente por el terror.
En efecto, un hombre entraba en el hotel. Era el cochero, que se retiraba á dormir.
El miserable pensó dirigirse á su encuentro y herirle, pero, tan cobarde como feroz, no se atrevió.
—¡Acaso esté armado! Y estoy yo solo, puesto que Bonneteau está fuera de combate.
Apagó la bujía que había encendido, levantó la gruesa colgadura que ocultaba la ventana y miró á través de las aberturas de la cerradura persiana.
El que llegaba era un mocetón fornido. Jephksé pudo convencerse de ello á la claridad de la luna, que, rompiendo la obscuridad de la noche, iluminaba el jardín durante un instante. Se entabló una lucha entre su cobardía y su avaricia, terminando por vencer esta última.
—¡Huir en el momento de lograr lo que se desea sería estúpido!—se dijo.—Ese hombre no prevee lo que le espera. Tengamos valor y caigamos sobre él de improviso. ¡Si me cogen, no será mayor el castigo por dos que por uno! Además, prenderé fuego para que en todo caso me consideren como anarquista y no como ladrón...
Volvió á encender la bujía, y prendiendo fuego á las colgaduras de la ventana, salió, con gran sentimiento suyo, del despacho del señor Dornach.
—Hasta que la gente se entere de que hay fuego—pensó—habré tenido tiempo de espavilar al otro y robar la caja. El golpe no será tan bueno como esperaba; pero tendremos paciencia.
Se precipitó por la escalera, saltó por encima del cuerpo de Rosa y cayó como una bomba sobre el cochero, que subía lleno de confianza por la escalera.
Ambos hombres rodaron por el suelo. Tan solo uno se levantó casi en seguida. Este era Jephksé.
El pobre cochero yacía en tierra. El cuchillo le había atravesado el corazón. El asesino recorrió el hotel, apoderándose con febril rabia de todos los objetos de pequeñas dimensiones que le parecían de algún valor, rompiendo las estatuas, destruyendo los cuadros y arrojando por el suelo maravillas del lujo y verdaderas obras de arte que había por todas partes.
Se detuvo un instante para contemplar su obra.
—No se dirá que no soy anarquista!—dijo con horrible sonrisa.—¡Ahora ya es tiempo de desfilarme! No será difícil... Me ocultaré en el jardín y encontraré medio de mezclarme entre la multitud que el fuego atraiga.
En aquel momento los cristales del despacho del señor Dornach cayeron con gran estrépito por la acción del fuego. Las persianas se prendieron y una columna de negro humo se elevó hacia el cielo.
En el interior de la casa se oyó una especie de aullido que decía:
—¡Socorro!...
—¡Ese es Juan Bonneteau, que no quiere morir asado!—pensó el belga.—¡Bah!... Quemándose los tres, ninguno podrá delatarme.
Sin embargo, antes de ocultarse en el jardín se acordó de que había olvidado las herramientas al pie de la caja y se dirigió á buscarlas.
Hubo que pasar por la habitación en que estaba su cómplice, debilitado por la sangre que había perdido y haciendo esfuerzos para salvarse á la arrastra.
—¡Hay fuego!—rugió el desgraciado al verle.—¡Llévame de aquí... Yo no puedo ponerme en pie...
Juan Bonneteau era presa de un gran ta-

—El cochero y el groom comerán en casa; ¡pero sabe Dios donde irán á dormir!
—¡En ese caso, el hotel estará guardado por la noche tan solo por dos mujeres!
—¡Sí, no estaremos más que la señorita Rosa y yo.
—¡Eso es una imprudencia!—insinuó Catalina.—¡Es verdad que habiendo vecinos...
—¡Vecinos!... ¡Por la parte de la derecha hay una casa deshabitada, y por la de la izquierda un solar!
—¡Y no tendréis miedo las dos solas?
—¡Miedo!... ¡No nos conocéis! La señorita de compañía es muy valiente, y yo tengo muchas fuerzas, y me podría defender bien de un hombre.
La prusiana había escuchado todos estos detalles con secreta satisfacción.
La momentánea ausencia de los señores Dornach la colmó de alegría.
—¡La cosa marcha!—pensaba para sí Catalina.
Se informó diestramente de la distribución del hotel en el interior.
La cocinera, creyendo que Catalina lo hacía únicamente por indiscreción, le dió todo género de detalles.
Fritz no se mezclaba en la conversación. Ignorando que la Prusiana hubiese sido despedida por Joe Wilkie, creía que seguía ejerciendo su oficio de espía y se contentaba con escuchar silenciosamente, mientras fumaba una pipa.
De pronto, se levantó la cocinera diciendo:
—Debo volverme á casa... ¡Hasta la vista señorita! Espero que nos volveremos á ver.
—¡Ciertamente!—dijo Catalina.—Y hasta podreis proporcionarme algún rato bueno los dos...
—¿Cómo?
—No conozco á nadie en París y los domingos me aburro... ¡Si quisierais lo pasáramos reunidos alguna vez!...
—¿Porqué no?—dijo el silesiano—si os parece podemos reunirnos el domingo ó irnos á pasar el día á Argenteuil.
La cocinera accedió con gusto, por complacer á su buen amigo, y Catalina experimentó una gran alegría al ver la facilidad con que iba á lograr lo que deseaba.
Apenas se hubo separado de la pareja se encaminó á Montmartre sin detenerse hasta llegar á la calle de la Fontaine-du-But, en donde se hallaba la taberna de Cagne que era un lugar infecto, sucio, oscuro y frecuentado por gente detestable

No tuvo que esperar mucho tiempo á que llegase Jephksé. Cuando hubo llegado se sentaron en la misma mesa y comenzaron á hablar en alemán. La Prusiana, que estaba dotada de una memoria extremadamente fiel; le refirió con gran precisión hasta los menores detalles de su conversación con la cocinera del hotel Dornach.
Los ojos del belga brillaban de avaricia. Lo que Catalina le decía sobrepujaba á sus esperanzas.
—¡Estareis contento de mí?—dijo esta.—He cumplido mi promesa. A vos toca ahora cumplir la vuestra.
—La cumpliré—respondió el belga con siniestro acento—la pequeña chillará; pero la haré callar ¡os lo juro!...
—Es preciso que calle por toda una eternidad—dijo la Prusiana cogiendo violentamente por el brazo á Jephksé.
—¡Convercido!... ¡Pero habéis pensado en alejar á esa Josefina? El domingo pasará la noche fuera del hotel, y Rosa estará completamente sola.
—Muy bien: hoy es viernes; de modo que me quedan dos días para ultimar mis preparativos. Todo marchará como conviene. ¡Perc sabéis que es una cosa muy extraña! el que no solo me deis facilidades para asunto de esa índole, sino que en vez de reclamar vuestra parte me ofrezcáis dinero encima?...
—¡Yo no soy una ladrona!—respondió Catalina con disgusto.—¡soy una mujer que se venga de una criatura maldita y execranda!...
—En ese caso—dijo el belga, perfectamente tranquilo—no dejaréis de cumplirme lo prometido.
—Mañana os entregaré ciento cincuenta francos... y el lunes el resto... No tengo más que una palabra.
Estos dos seres estaban ligados por un pacto abominable. En su furioso deseo de venganza, Catalina acababa de proporcionar á aquel tuante el medio de cometer el más bajo, el más odioso de los crímenes... ¡Y él, con esa especie de horrible lealtad que preside á menudo las relaciones de los más abyectos cómplices, se disponía á cumplir sus compromisos: no solo robaría por su cuenta, sino que mataría por la de la prusiana!...
—¡Es un gran negocio, y sin riesgos!—pensaba Jephksé con gran cinismo.—¡Si la pequeña grita, la mataré para hacerla callar... y si no grita, la mataré para impedir que grite!

Como detalle de lo que puede gastarse en estos tiempos en decorar una casa, se dice que la inquilina de uno de los más

